







JAYBER CROW



CHAI EDITORA





Wendell Berry

JAYBER CROW

Traducción de JUAN NADALINI

Berry, Wendell

Este libro fue publicado bajo el acuerdo con Counterpoint Press, un sello de Catapult, LLC en conjunto con la agencia 2 Seas Literary Agency y la coagencia SalmaiaLit.

El traductor contó con el apoyo financiero de la Casa de Traductores Looren, en Suiza.

[lo:rən]

Casa de Traductores Looren

Título original: *Jayber Crow*

© Del texto, Wendell Berry, 2003

© De esta edición, Chai Editora, 2026

© De la traducción, Juan Nadalini, 2026

Diseño de tapa

Ese Estudio

Foto de tapa

Camila Mailen Calderoni

Diseño de colección e identidad

Lamas Burgariotti

Primera edición en Argentina

Noviembre 2026

ISBN: 978-631-6851-05-5

Hecho el depósito que marca la ley
11.723

Austria 1840

Ciudad de Buenos Aires,

Argentina

www.chaieditora.com



***Historia de la vida de Jayber Crow, barbero y miembro de la
cofradía de Port William, escrita por él mismo.***



Virginia Berry
1907-1997
Requiescat in pace



Aviso

Toda persona que intente encontrar un “texto” en este libro será procesada; toda persona que intente encontrar un “subtexto” será desterrada; toda persona que intente explicar, interpretar, explicitar, analizar, deconstruir o de cualquier otra manera “comprender” este libro será exiliada a una isla desierta en compañía exclusiva de otros explicadores.

Por orden del autor



*Solo la Desesperación Magnánima
pudo revelarme algo tan divino...*



Parte 1



1. El barbero de Port William

Nunca colgué un cartel ni instalé el típico poste de colores, y ni siquiera le puse nombre al local. No me hizo falta. Ya se llamaba “la barbería”. Ese era el nombre porque ese había sido el nombre quién sabe desde cuándo. La historia escrita de Port William era muy escasa. Su verdadera historia era su memoria viva, que se iba transmitiendo a lo largo de los años como un haz de luz en movimiento. El lugar había tenido un comienzo, que ya no recordaba, e iba a tener un final que aún no conocía. Era casi como si el pueblo hubiera estado ahí desde siempre. Cuando hacía ya un tiempo que yo andaba por la zona, a la barbería empezaron a decirle “lo de Jayber Crow”, o simplemente “lo de Jayber”. La gente anunciaba “Bueno, voy a pasar por lo de Jayber”, como si el local apareciera señalado en algún mapa, pero no estaba más que en sus cabezas. Jamás tuve teléfono, así que ni siquiera figuraba en la guía.

Entre 1937 y 1969 yo fui “el barbero” de Port William. El local quedaba al fondo de la hondonada, en pleno corazón del pueblo. La ruta subía desde Hargrave siguiendo el río; más o menos dos kilómetros antes de Port William trepaba los cerros hasta las tierras altas, daba un par de rodeos, bajaba y ascendía unas cuantas veces, pasaba por delante del cementerio y de las casas de enfrente, pasaba ante la iglesia y el banco y un puñado de negocios, por delante de mi barbería y del taller mecánico de la hondonada, y después volvía a subir y se extendía delante de otras casas; en lo más alto de esa trepada pasaba frente a la escuela y de inmediato seguía su curso. Más allá de la cuestión reglamentaria, y del hábito local de parar a conversar desde un vehículo a otro en medio de la ruta, los automovilistas de otras partes nunca tuvieron demasiados motivos para reducir la velocidad al cruzar

Port William. Yo sigo siendo el barbero de Port William, el único que hubo (aunque no vivo en el pueblo desde 1969).

Cuando me establecí e inauguré la barbería, en enero de 1937, es posible que el pueblo estuviera bastante mejor de lo que llegué a verlo más adelante. El 37 fue uno de los años de la Depresión, y no voy a pedirles que crean que el lugar irradiaba felicidad. Pero, a su manera, prosperaba. La gente no se desprendía de nada que supiera cómo conservar; ya que no podían permitirse demasiadas cosas nuevas, se aferraban a lo que tenían. En aquella época se veían muchas prendas remendadas. Pero todos los negocios del pueblo seguían abiertos y ocupados. La gente de Port William aún sentía que el lugar les pertenecía, en lo económico pero también en otros sentidos. Y aún teníamos médico, el “viejo” doctor Markman, que en aquel entonces no era tan viejo como llegaría a ser mucho después.

Salvo los sábados, cuando a veces me tocaba trabajar desde el desayuno hasta las doce de la noche, o incluso más, el oficio de barbero en Port William era, como quien dice, intermitente. Si no había clientes, me sentaba en el sillón alto y charlaba con cualquiera que anduviera por ahí perdiendo el tiempo; o, si el lugar estaba vacío, leía o dormía la siesta. El sillón del barbero es un lugar excelente para leer o dormir. Se reclina y tiene apoyacabeza y reposapiés. Otras veces (ya que uno no puede perder el tiempo, leer o dormir constantemente) también le echaba un ojo al pueblo. Si el día estaba feo, me quedaba frente a la ventana y miraba desde ahí; si estaba lindo, sacaba una silla a la calle y me sentaba bajo un arce, a la vera de la ruta.

Siempre traté de mantenerme fiel a mis clientes —fiel, vale decir, a la remota posibilidad de que, casi en cualquier momento, alguno sintiera el impulso de entrar a cortarse el pelo o afeitarse, o que necesitara un lugar donde sentarse un rato—. Y, en honor a la verdad, por lo general yo andaba siempre urgido por

esas monedas que circulaban en los bolsillos de los pantalones de Port William, y anhelaba poder sumarlas a mi propia colección de monedas, dentro de la caja de cigarros que tenía sobre la repisa del fondo.

Me mantenía fiel, sí, pero confieso que no con una regularidad demasiado estricta. A veces, cuando los clientes brillaban por su ausencia, me daban ganas de salir a dar una vuelta. Mi predecesor me había dejado un cartelito de cartón con un reloj y unas manecillas metálicas giratorias que anunciaban, invariablemente: VUELVO A LAS 6:30. Y cada vez que yo salía faltaba bastante para las seis y media, así que tenía tiempo de sobra. Si volvía antes del minuto prometido, lo consideraba un mérito a mi favor. A veces me iba por ahí para ver quiénes andaban holgazaneando por la calle o en el interior de los negocios. Después podía seguir paseando por la ruta hasta adentrarme en el bosque de los barrancos, sobre el río. O solo cruzar al taller del señor Milo Seattle, un lugar donde en general el trabajo era interesante y donde a veces estallaban debates políticos salvajes instigados por el asistente principal del señor Settle, Portly Jones, que tenía opiniones por las que era capaz de dar la vida. Si, en cambio, no quería la compañía de nadie, caminaba en la dirección opuesta, cuesta arriba, pasando la escuela, y salía a los campos por ese lado. A veces me tomaba el día entero para ir a pescar con Burley Coulter o con alguno de los Rowanberry, aunque siempre me aseguraba de volver antes de las seis y media. Claro que si me iba después de las seis y media de la tarde tenía toda la noche para volver. Y, como nadie era muy propenso a cortarse el pelo a las seis y media de la mañana, podía quedarme por ahí hasta la tarde siguiente. El reloj decía que iba a volver a las seis y media, pero no decía de qué día. Y, tarde o temprano, al menos hasta la última vez, siempre volví.

Port William recompensaba la vigilancia. Yo estaba siempre atento a lo que pudiera revelarse. A veces no se revelaba nada, pero otras veces me tocaba presenciar escenas memorables.

Una tarde agobiante de verano, por ejemplo, vi que Grover Gibbs pasaba frente al taller del señor Settle con una sopapa al hombro. En ese momento descubrió, asomada desde abajo de un automóvil, la cabeza de Portly Jones —enorme, calva, perlada de sudor—, a la que adhirió, con un golpe enérgico y subrepticio, la ventosa de goma de la sopapa. Entonces Portly exageró una especie de convulsión en la que, con los pies y la mano izquierda, intentaba salir a las apuradas de abajo del coche, mientras que con la derecha trataba, infructuosamente, de despegarse el adminículo de la cabeza. Era casi como si se arrastrara a sí mismo tironeando de la cabeza. No fue una maniobra veloz. Su agresor, mientras tanto, había seguido caminando calle arriba, un buen trecho, hasta que giró y volvió con absoluta calma para ver el resultado de su ocurrencia. Avanzaba con las manos inocentemente entrelazadas dentro del amplio bolsillo del mameluco, un gesto despreocupado en la mirada, la cara apenas tensa en torno a un mínimo orificio que formaba con los labios, por donde silbaba una melodía. Esperó hasta que Portly pudiera confrontarlo. Parecía una especie de unicornio de cara enrojecida.

—Grover —dijo—, ¿quién hizo esto? Si fuiste tú, te mato.

Grover no dijo nada, pero con toda solemnidad, y sin dejar de silbar, trató de ayudar a Portly a quitarse el cuerno, cosa que recién pudieron hacer cuando perforaron un agujerito en la ventosa para descomprimir la succión.

—Me arruinó para siempre la sopapa —me contó Grover más tarde—, pero claro que igual no le podía reclamar nada.

Y una mañana muy temprano, cuando yo era casi la única persona despierta, vi a Fielding Berlew en medio de la ruta, bailando al compás de “The Ballad of Rose McInnis”, que cantaba

con emoción profunda y lágrimas en los ojos. Había pasado la noche en el pueblo, en una vigilia solitaria —“tres tercios borracho”, como decía siempre— a causa de su incapacidad para ponerse de acuerdo con su esposa. Bailaba con los brazos extendidos como alas, dando pasos lentos, girando y rotando, con toda la gracia que es capaz de desplegar un borracho en botas de goma. De pronto, encima de la loma apareció un camión con acoplado. Empezó a zigzaguar y a sacudirse, hubo un gran siseo y un aullido de frenos, y los neumáticos chirriaron sobre el asfalto. Solo cuando el paragolpes delantero estuvo literalmente sobre los muslos de Fee pudo el conductor frenar el camión en seco, para de inmediato desplomarse aliviado y agradecido. Fee, que ni siquiera había percibido semejante conmoción, seguía bailando y cantando. Entonces el camionero recuperó sus fuerzas y tocó la bocina: fue un berrido largo y furioso destinado a denigrar a Port William y a todo lo que ese pueblo representaba. Y ahí, sí, Fee se dio por aludido. Dejó de bailar, y después, casi como una ocurrencia posterior, también dejó de cantar. Miró al chofer. Miró el camión. Lo miró con desdén —con todo el desdén del que puede ser capaz un hombrecito que contempla una cosa que le lleva varios metros de altura—. Volvió a mirar al conductor. Y dijo:

—Saquen a este hijo de perra de la ruta antes de que lo saque yo a patadas.

Otra mañana, un sábado muy lindo de finales del otoño, me tomé un recreíto entre clientes y subí hasta lo de Lathrop para procurarme algo rápido de almorzar. Algunos chicos habían empezado un partido de béisbol en el baldío al lado de la iglesia. Shorty Sowers, el hijo del banquero, iba hacia la iglesia a tomar clases de violín con la señora Alexander, la esposa del pastor. Mientras pasaba frente al baldío, un bateador quedó eliminado. Shorty agarró su violín por el diapasón y fue hasta la piedra que estaban usando como *home*. Le dijo al lanzador:

—A ver qué tienes para dar.

Salí de lo de Lathrop justo a tiempo para oír esa parte del diálogo, ver el lanzamiento y de inmediato el tiro elevado que Shorty mandó hasta la tercera base.

—A partir de ese día —dijo—, empecé a reconocer mi violín por el sonido agrietado que hacía.

Otra escena que solía ver —una que fue más o menos recurrente durante los pocos años que vivió después de mi llegada a Port William— lo incluía al tío Ab Rowanberry: andaba por ahí a paso lento, cargando un rifle, un farol y un costal con una bacinilla, un cencerro, un cuchillo para maíz y un monedero de piel atado con un jirón de tela. Se la pasaba siempre yendo de hija en hija. Tenía cinco, y todas vivían por la zona. Se quedaba un tiempo con cada una, por turnos, y se iba antes de que la hospitalidad filial empezara a menguar. “Las visitas son como la nieve”, decía. “Cuanto más tiempo están ahí, peor aspecto tienen”. Como una de sus hijas ocupaba con su familia la casa natal, el tío Ab deambulaba con todas sus posesiones terrenales, que le aseguraban la independencia y su amor propio: el rifle con el que ponía un poco de carne sobre la mesa y con el que podía defenderse en caso de que lo atacaran; el cuchillo de maíz, por si le hacía falta; el farol y el orinal para preservar su dignidad cuando tenía que levantarse de noche; el cencerro para tocarlo si se caía y no podía levantarse; y sus propias manos, con las que hacía las pocas cositas que todavía estaba en condiciones de hacer. Era una especie de remanente del antiguo modo de vida en el pueblo. Siempre le presté mucha atención y jamás me olvidé de él.

Se me revelaban también otras cosas que no concluían tan rápido. El pobre y deteriorado de Fee Berlew, nada más y nada menos, y para colmo en sus últimos años, fue el único hombre al que alguna vez tuve que echar de mi barbería, por decirlo de algún modo. Su sobrino, que estaba de visita por Navidad, le había

traído, furtivamente, una botella de whisky, producto que, en el hogar de la señora Berlew, corría serios riesgos. Fee se dedicó a evitarle al regalo cualquier daño en el menor tiempo posible, de modo que, casi antes de terminada la cena, se dio cuenta de que era incapaz de congeniar en nada con la señora Berlew. Acudió a mi barbería, por supuesto, a buscar el consuelo y el refugio que yo pudiera ofrecerle. Pero para ese momento su estado era francamente calamitoso. Estaba empapado, confuso y medio ido, y además exudaba una ira muy desagradable. Fui incapaz de serenarlo y, a la larga, también de tolerarlo, así que “lo invité a retirarse”, no muy contento de tener que hacer semejante cosa en una noche tan fría.

Pero no se fue. Empezó a golpear la ventana, pegó la cara al vidrio y me insultó. Me dijo de todo: “zaparrastroso, cabeza de queso”, “huérfano y bastardo, don nadie por partida doble”, “barbero de cuarta, miserable”... y cosas peores. Todo esto les causó muchísima gracia a los varios muchachones que estaban ahí conmigo esa noche, pasando el rato, pero a mi vida no le agregó ni una pizca de alegría.

Y a la mañana siguiente, a primera hora, ahí estaba Fee otra vez: asomaba la cabeza por la puerta, casi como esperando a que se la cortara de un navajazo. Durante la noche, el hombre había alcanzado esa clase de sobriedad en la que uno, acosado por la pena y el dolor, anhela la inconsciencia o incluso la muerte misma. Cuando por fin alzó los ojos y me miró, vi que estaban enrojecidos y llenos de lágrimas.

—Jayber —dijo—. ¿Serías capaz de perdonar a este viejo imbécil?

—Sería, sí —dije—. Puedo. Claro.

Tal vez porque de chico había pasado un largo rato en la escuela, y me había gustado y a la vez no me había gustado, y al final

había terminado por abandonar mi educación, la escuela de Port William era un lugar al que yo observaba con una especie de embeleso. Tenía ocho grados. Creo que si también hubiera ofrecido formación secundaria no me habría interesado tanto. El futuro ejerce una presión inmensa sobre la secundaria, y de algún modo la restringe y la empequeñece. Los alumnos de secundaria empiezan a noviar; la generación que viene detrás empieza a reclamar su propio lugar; los chicos ya se dedican a pensar en lo que van a hacer una vez que salgan de ahí. Pero la escuela de Port William, con apenas ocho grados de primaria, parecía albergar todo el potencial de la comunidad prácticamente en estado puro, más allá de las intenciones particulares de los alumnos. Estaban todos ahí, cada cual con su propio horizonte de intereses o de resistencia, pero ninguno por elección. Y siempre, hubiera interés o no, estaban ahí un poco a regañadientes. Los chicos de los grados inferiores, creo, pensaban que la escuela iba a durar más o menos para siempre, que ese lugar era como un ciclo infinito interrumpido a intervalos esperables por cosas como el recreo y el almuerzo, la Navidad y el verano. Pero, cuando llegaban a los últimos dos grados, sabían que existía un final, y que iban a irse, aunque pensaban que iban a irse solo para empezar la secundaria allá en Hargrave, y tenían la cabeza colmada de ilusiones inocentes acerca de todo lo que les esperaba en aquel lugar.

La verdad es que me gustaba más la escuela tal como era cuando la conocí al llegar, cuando atendía solo las necesidades del pueblo y los alrededores, cuando los alumnos iban a pie. En aquella época el pueblo parecía un sitio más autónomo y ensimismado de lo que llegó a ser después de la consolidación. El pueblo contenía a la escuela, y la escuela, al menos por un rato, contenía a los chicos.

Pasar por delante de la escuela mientras estaban dando clase era como acercarse a un inmenso animal dormido. Era posible

oír los murmullos íntimos y los crujidos de una vida interior portentosa, algo que no parecía formar parte de este mundo, y cuya lejanía respecto del pueblo le daba un aire extraño, casi irreal. Mientras los chicos estaban en la escuela, en el pueblo reinaba una quietud anormal. Hacia la media tarde, esa quietud parecía casi un hechizo.

Por eso me gustaba especialmente la hora en que terminaban las clases. Todo eso que la voluntad del pueblo había logrado mantener encerrado durante el día entero, enmarcado por algo similar al orden, de pronto estallaba y se escurría como un torrente por la ruta, en ambas direcciones. Un desbande de chicos emergía desde la escuela y se dispersaba por el pueblo, que hasta ese momento había estado en calma. Era una verdadera catarata de movimientos y de sonidos: voces, gritos, canciones, risas, burlas, discusiones; carreras, bailecitos, golpes, a veces incluso golpes de verdad; las chicas agitaban el pelo y los ruidos de sus vestidos para repudiar y castigar, en broma, el comportamiento de los varones. Y muchas veces se oía la voz de algún chico que canturreaba por sobre los demás: “¡Se acabó la escuela, el que no corre vuela!”. O algo del tipo: “¡Ey, cara de moco!”.

Fue en un momento así, si la memoria no me engaña, que advertí de verdad por primera vez a Mattie Chatham (o Mattie Keith, como se llamaba en aquella época).

Era una tarde cálida de primavera. Yo estaba parado en el umbral del negocio, con la puerta abierta, apoyado contra el marco. Mattie caminaba del brazo con otras dos chicas, Thelma Settle y Althie Gibbs. Supongo que Mattie iba a dormir en casa de Thelma o de Althie, porque en general salía de la escuela en la dirección opuesta; su casa quedaba más abajo, cerca del río, en el fondo del valle, a unos dos kilómetros del pueblo siguiendo el atajo que usaban los chicos, sobre el barranco.

Habían cruzado la ruta para alejarse de la multitud, y se contaban cosas sin dejar de reírse. En ese momento ya eran “chicas grandes”, o al menos así se sentían, y sin embargo no lograban sostener la compostura que esa condición, creían ellas, les exigía. Ese fracaso hacía que el motivo de todas aquellas risitas les resultara aún más gracioso. Se hacían las tontas, cada cual tiraba para un lado distinto, de modo que incluso les costaba no salirse de la vereda. No se dieron cuenta de mi presencia hasta que estuvieron casi a la altura de la puerta de la barbería, momento en que alzaron la cabeza y me vieron: un tipo alto, flaco, un poco pelado y con casi el doble de su edad que les sonreía desde el umbral. Semejante espectáculo, absolutamente discordante con todo lo que ocupaba sus cabezas en ese momento, multiplicó su júbilo. Me miraron, se rieron más fuerte y en un tono más agudo, y salieron corriendo. Pero yo *vi* a Mattie Keith, y a partir de entonces iba a estar siempre atento a ella. Al verla como era entonces, podría haber visto (si se me hubiera ocurrido mirar) a la mujer en la que iba a convertirse. ¿O será que, como conocí a la mujer que fue, ahora la veo claramente como era de chica?

Era una chica linda, y su belleza me conmovió. Tenía el pelo castaño, con tintes rojizos, y rulos. La cara todavía estaba salpicada de pecas. Pero lo que más me impresionó fueron los ojos. Eran casi negros, con un brillo líquido. Esa mirada fugaz y risueña que me dedicó me hizo sentir *visto* de una forma sumamente poderosa, como si, a partir de ese momento, cualquiera pudiera verme incluso en la oscuridad.

2. Goforth

La tarde de mi primer recuerdo sobre Mattie Keith (o Mattie Chatham, como iba a llamarse más tarde) debe de haber sido, calculo, durante la primavera de 1939, cuando yo ya llevaba poco más de dos años “de actividad” en Port William.

Cualquiera que haya vivido en Port William poco más de dos años sigue siendo, para los estándares del pueblo, un forastero, alguien que todavía corre el riesgo de que le pronuncien mal el apellido. “Crow” no era un apellido muy habitual en esa parte del país, así que durante un buen rato mucha gente me dijo *Cray*, que sí les resultaba conocido. Y aunque cuando llegué al pueblo yo tenía apenas veintidós años, mucha de esa misma gente me decía “*señor Cray*”, como para dejar en claro que no me conocían bien. Mi verdadero nombre de pila es Jonah, pero nadie me llamaba así desde los diez años. Me llamaban tan solo “J”, que era también lo que usaba para firmar. Una vez que mis clientes me tomaron cierto aprecio, empezaron a llamarme *Jaybird*, y después *Jayber*. Y así me convertí, hasta la fecha, en propiedad de Port William.

Yo, de hecho, era al mismo tiempo un hijo del lugar y un recién llegado, ya que había nacido en Goforth, sobre el Katy’s Branch, el 3 de agosto de 1914, de modo que alcancé a pasar un día entero en este mundo antes de que empezara la guerra de todas las guerras. Se podría decir que, por aquel entonces, Goforth estaba bastante más lejos de Port William que ahora; lo único que los conectaba era una huella para carretas, empedrada solo a medias, increíblemente sinuosa y plagada de pozones de barro. Goforth tenía su propia iglesia, su escuela y su almacén, pero la gente de por ahí iba hasta Port William a hacer los trámites bancarios, votar y comprar todo lo que no conseguía en Goforth.

No recuerdo una época en la que yo no supiera de la existencia de Port William, el pueblo y sus alrededores. Mi relación con ese lugar, mi presencia y mis ausencias, conforman la historia de mi vida. Esa historia me sorprendió casi todos los días; pero ahora, en 1986, tan cerca del final, ya no me parece nada sorprendente, sino apenas un poco rara, como si todo eso le hubiera pasado a alguien a quien todavía no conozco bien. Sin duda le pasó a alguien mucho más joven.

Mi madre fue Iona Quail, y es por ella que estoy emparentado con los Cotman, los Thigpen y los Proudfoot. Su madre murió bastante joven, y por eso mismo, tal vez, se casó cuando todavía era muy chica con un muchacho del otro lado del río (alguien “de afuera”, como decíamos). El pretendiente venía a cortejarla todos los sábados a la tarde: caminaba como diez kilómetros (o eso me contaron) hasta un punto frente a la desembocadura del Katy’s Branch, donde pedía prestada una chalana, cruzaba el río a remo y remontaba el arroyo hasta el primer rápido, desde donde después caminaba el último trecho hasta la granjita famélica que mi familia materna tenía sobre una de las laderas con vista a Goforth. Se casaron porque no quedaba otra. Yo no estuve en los planes de nadie hasta que ya era demasiado tarde, y me parece que es algo que supe casi desde el día de mi nacimiento. Por acá es muy difícil que un secreto interesante siga siendo un secreto durante mucho tiempo.

Mi padre, cuyo nombre de pila era Luther, se dedicaba a la herrería. Los suyos no podían —o no querían— hacer nada por él. Mi abuelo Quail, que solo tenía una hija, ayudó a su flamante yerno a instalar un tallercito, con fragua y yunque, del otro lado de la ruta, frente a la iglesia de Goforth, y a juntar un par de muebles básicos para poblar la casa contigua.

De aquella vida temprana en Goforth, ya perdida, no conservo en la memoria más que un par de imágenes dispersas. Me

recuerdo sentado sobre el regazo de mi madre, en una mecedora junto a la cocina de hierro, y recuerdo el sonido de su voz mientras cantaba al ritmo del vaivén de la silla. Recuerdo que en invierno vivíamos casi todo el tiempo en la cocina, porque era el único ambiente calefaccionado. Recuerdo la herrería de mi padre, que me fascinaba. Recuerdo los arados y los trineos que cobraban forma ahí adentro, a la luz de la puerta abierta. Recuerdo a mi padre inclinado sobre la pezuña de un caballo, la pata sujeta entre sus rodillas. Recuerdo el tañido del yunque y el siseo del metal caliente en el balde con agua. Recuerdo ir de la casa al taller de la mano de mi madre. Recuerdo un perro de caza llamado Stump, un caballo llamado Joe y una vaca llamada Bell. Esas cosas y otras tantas parecen nítidas cuando se dibujan en los márgenes remotos de mi mente, pero después, no bien intento mirarlas de frente, se vuelven brumosas y se disipan ante el peso de las preguntas. ¿Cómo era *de verdad* aquella cocina? ¿Qué canción cantaba mi madre mientras nos hama-cábamos cerca del fuego? Llego a recordar la postura y los movimientos de mi padre mientras trabajaba, pero perfectamente podría no haberle visto nunca la cara. Vivíamos, lo sé, con un margen muy escaso. No pasábamos hambre ni frío, pero no nos sobraba nada.

Mis primeros recuerdos nítidos son del invierno tremendo de 1917 y 1918. No es que para mí fuera tremendo, al menos no al principio. Para mí, supongo, la vida siguió exactamente igual durante un buen rato. Pero sabía que a los adultos les parecía un invierno tremendo. Para empezar, del otro lado del mar había una guerra —la idea me resultaba tan ajena que lo mismo podría haber sido del otro lado del cielo—. Yo no tenía una imagen clara sobre qué era una guerra, pero sabía que ahí moría gente y que mis mayores le temían. Me imaginaba a muchas personas disparándose entre sí bajo una oscuridad absoluta.

Y después nevó sin parar, y la nieve honda empezó a amontonarse y se congeló; las vacas y los caballos deambulaban sueltos por los campos, pasaban por encima de las cercas hundidas. Se congeló el río, y cuando llegó el deshielo y llovió el río se salió de cauce. Se soltaron inmensos bloques de hielo que arrancaban de raíz los árboles de las orillas y arrastraban barcazas y barcos de vapor. La gente nunca había visto un hielo como aquel. Ninguna de las inundaciones previas se parecía a esa. Aquel era un hielo que bramaba, que crujía, que trituraba. Y cuando se soltó por completo... nada —¡nada!— fue capaz de oponerle resistencia. Aplastó y partió y desencajó y se llevó todo lo que encontró a su paso. Quebró cables de acero como si fueran telarañas. Fue un invierno legendario; todos los que tuvieron que pasar por eso lo recordaron durante el resto de sus vidas. Llegué a rapar varias cabezas canas que conservaban en su interior el recuerdo perfectamente nítido de aquel invierno, tal como si hubiera sucedido el día anterior.

Y muy pronto aquel invierno se volvió tremendo también para mí, en lo personal, y no solo de oídas, ya que mis padres, ambos muy jóvenes, se enfermaron y murieron con unas pocas horas de diferencia a fines de febrero de 1918. No sé bien cómo supe que había pasado todo aquello. Solo me pareció entender que habían desaparecido en medio del tumulto de esos meses: una guerra en algún rincón de un mundo oscuro; un río de hielo en otro lado, un torrente que rompía árboles y barcos; enfermedades en otro sitio, y después en la casa; y al rato la muerte ahí mismo, en mi propio hogar, y a partir de ese momento el cambio rotundo. Recuerdo mi hogar lleno de gente consternada. Me veo de cucullas junto al cajón de la leña, atrás de la cocina de hierro, mientras varias personas intentaban alzarme o consolarme, y yo reacio siquiera a sacar la vista del suelo.

Y entonces una señora mayor a la que yo conocía como tía Cordie me levantó sin preguntar, se sentó en la mecedora, me

abrazó y me dejó llorar. Tenía puesto un suéter negro áspero sobre un vestido también negro que le llegaba hasta los zapatos, y un sombrero negro con florcitas blancas y azules —en pleno invierno, nada menos—. Todavía me acuerdo del intento que hacía por envolverme entero en sus brazos.

—Que Dios le ilumine el corazón —dijo—. Othy, nos lo llevamos a casa.



3. Squires Landing

Y eso hicieron. La verdad es que nadie más habría podido quedarse conmigo, y sin embargo esta mujer me trató como el trofeo máspreciado. El tío Othy también. Ellos habían sido padres de tres hijos propios, pero los tres habían muerto de muy chicos. Me imagino que la tía Cordie y el tío Othy tendrían una buena dosis de afecto acumulada que en aquel momento desempolvaron para mí. Yo recién más adelante iba a entender la bendición que supuso algo así.

La tía Cordie se llamaba en realidad Cordelia Quail, y era hermana de mi abuelo Quail. Y se había casado con Otha Dagget, como le gustaba decir, “por lo bien que silbaba”. Vivían donde habían vivido siempre: sobre el río, en Squires Landing, a unos cinco kilómetros de Goforth y unos siete de Port William. Recuerdo mi vida en Squires Landing desde el día uno.

Cuando llegué, la parte más cruel de aquel invierno ya había pasado. El río estaba otra vez en su cauce, y sin nada de hielo. Pero las orillas, que antes habían tenido árboles, eran ahora puro barro, salvo por algún ocasional tocón, acá y allá, y cada tanto algún árbol de los grandes que, quién sabe cómo, había logrado sobrevivir, aunque partido al medio o astillado por el hielo. Y en el lecho aún quedaban enormes cúmulos de hielo irregular que recién iban a derretirse por completo con la llegada del verano. Ahí por donde habían pasado las lenguas de hielo, la ribera parecía arrasada, mordida, carente de vida. Años después, cuando vi fotos de los campos de batalla de la Primera Guerra, me acordé de ese valle del río Kentucky a fines del invierno de 1918. Pero para mí, entonces, aquel paisaje muerto y arrasado tenía el único aspecto que podía tener tras la muerte de mis padres y la desaparición de nuestra vida previa en Goforth.

Durante un tiempo, una vez establecido en Squires Landing me quedaba siempre muy cerca de la tía Cordie. Procuraba tenerla no solo a la vista, sino más bien al alcance de la mano. Si ella se movía, yo también me movía.

—Con cuidado, Cordie —le decía el tío Othy—. No me vayas a pisar al chico.

Y hasta ella me dijo una vez:

—Me sentía una gallina con un único pollito desamparado.

También me acuerdo de la llegada de la primavera, cuando yo ya daba por hecho que el invierno iba a durar para siempre: primero fueron unos toquecitos verdes, unas pinceladas que empezaron a iluminar el barro como si fueran las llamas de unas velas, hasta que por fin todo el lugar se cubrió con una especie de pelaje ligero de hojas frondosas y briznas de hierba. También me acuerdo cómo, a medida que pasaban los días y los vientos, el follaje se sacudía y cantaba.

Empecé a sentirme en casa.

Voy a contar una anécdota que se repetía muy a menudo durante aquel invierno y aquella primavera. Yo la escuché varias veces, en boca de muchas personas, en esa época y más adelante también, y pensé en el asunto varias veces.

Había un barquero llamado Emmet Edge, que tenía su embarcación amarrada en el extremo de un amplio terreno bajo, río arriba, por donde vivían algunos de los Thigpen. La mañana en que se desprendieron las lenguas de hielo, los Thigpen estaban en el cuarto de deshoje, con un lindo fuego ya en marcha, preparando el tabaco para la venta. Escucharon a alguien que se acercaba a toda velocidad en botas de goma (*¡tuoc, tuoc, tuoc!*). De inmediato, un golpe a la puerta, fuertísimo, como si el visitante diera por hecho que los de adentro estaban dormidos.



Uno se acercó a mover el pestillo, y en un instante se les sumó el viejo Edge, sin siquiera molestarse en cerrar la puerta a sus espaldas. Tenía los ojos muy abiertos, y la cara tan blanca como el pelo. Al principio no dijo nada: se los quedó mirando como si no atinara a decidir si eran reales o no.

—Bueno —dijo uno de los Thigpen—, ¿qué pasa, señor Emmet?

Y entonces les contó lo suyo.

Había estado esperando a que se retirara el hielo, y llevaba despierto casi dos noches enteras. La segunda noche se había sentado con una olla en las manos, ubicada entre las rodillas, como hacían siempre los viejos barqueros cuando el río estaba inquieto, de modo que, si se quedaban dormidos, el estrépito de la olla al caer podía despertarlos. Ahora bien, qué pensaba hacer cuando el hielo se soltara es posible que ni él mismo lo supiera.

Y claro que se soltó. Cuando el viejo Edge sintió que la embarcación se elevaba, rompiendo las amarras como si fueran hilos de coser, supo que su única salvación era tratar de llegar a la orilla, si es que podía.

Lo logró a duras penas; se abrió paso a los tumbos entre aquel reguero de hielo quebrado —resbalándose, aferrándose de lo que tenía en mano, cayendo y levantándose otra vez—, hasta que en un momento, tras haberse dado por muerto, sintió que bajo sus pies había por fin tierra firme.

—Así que, chicos —dijo Emmet Edge—, estuve a punto de no contar el cuento, pero mi barcaza ya es historia, eso seguro.

Los Thigpen, que todavía no estaban completamente aterrados, dijeron *Sí, puede ser*, pero igual creían que valía la pena volver a mirar un poco.

Así que fueron hasta el lugar, para ese entonces una orilla irreconocible, donde Emmet Edge creía haber dejado su embarcación.





Y ahí estaba: perfectamente asentada, derecha, sobre una inmensa pila de hielo, como el Arca en el monte Ararat. No se había roto ni un plato. Emmet Edge talló unos escalones sólidos en el montículo de hielo, trepó a su barcaza y siguió viviendo ahí hasta que el calor de la primavera la fue haciendo descender delicadamente, otra vez, hacia los campos de maíz de los Thigpen, donde terminó de posarse a fines de mayo.

Los Dagget administraban el almacén del embarcadero y eran dueños de una granja de unas cinco hectáreas, más o menos (una franja sobre las tierras bajas y el resto en una ladera), donde cultivaban una huerta y un poco de tabaco, y donde tenían un caballo, una vaca lechera, cerdos y parvas de gallinas, gallinetas, gansos y pavos. La vida en aquel sitio ofrecía una amplitud que yo no había visto nunca.

Squires Landing estaba justo bajo la desembocadura del Squires Branch, un arroyito chico y escarpado que se secaba durante el verano pero que después de cualquier lluvia fuerte se precipitaba embravecido por un cauce hecho de rocas encimadas y movedizas. La casa se alzaba en lo más alto de la ladera, y desde ahí se podía ver la confluencia del arroyo y el río. En la parte de atrás estaban el gallinero, el ahumadero, el cuartito para el carbón y la letrina. Encajado en lo más bajo de la pendiente, cerca del arroyo, había un pequeño granero donde el tío Othy estibaba la cosecha y daba cobijo a sus animales. El almacén estaba construido sobre una terraza angosta, abajo de la casa y cerca de la ruta. Cruzando la ruta y la franja de tierras bajas con el huerto, el río no paraba nunca de circular, de correr.

Ese río me emocionaba de un modo muy curioso, y me fascinó desde el día en que lo conocí. Cuando la tía Cordie no me dejaba salir porque hacía mal tiempo, yo iba a pararme al lado de la ventana y miraba el río, de una punta a la otra. El río



era una barrera y al mismo tiempo una conexión. Sentí, mucho antes de saberlo, que el río había moldeado la tierra. Todo el territorio se inclinaba hacia el río. Todos los arroyos fluían hacia ahí. El río corría, y sin embargo seguía siempre en su lugar. Traía cosas y se las llevaba. Yo no sabía de dónde venía ni adónde iba, pero sabía que recorría una distancia enorme por esa hendidura que había trazado. Me lo decía la corriente.

Con los barcos era igual. Cada pocos kilómetros había pequeños embarcaderos como el nuestro, y un tránsito bastante sostenido de barcos a vapor o de paquebotes a combustión que transportaban mercancías, pasajeros y animales, y también de remolcadores que empujaban barcazas repletas de carbón o madera. Me acuerdo del *Hanover*, el *Revanah*, el *White Dove*, el *Richard Roe*, el *Falls City* y el *Dot*. Todos los productos que el tío Othy vendía en su almacén llegaban por el río. Los barcos pitaban tres veces, se arrimaban a la orilla, bajaban la pasarela, descargaban lo que estuviera destinado a Squires Landing, cargaban lo que tenía que irse, ya fuera mercadería o animales, y zarpaban río arriba o río abajo a una velocidad inaudita. Era hermoso cómo el río entero, sus orillas y el resto del valle podían estar en absoluta calma, absortos en las luces y las sombras y las faenas cotidianas de una mañana cualquiera de verano, hasta que se escuchaba aquella sirena y de pronto estallaba la conmoción: los rugidos de un motor inmenso, los tañidos de una campana sonora, alaridos, los chirridos de los tablones al bajar la pasarela, el mugido del ganado, el griterío de los cerdos, los insultos de los operarios, el canturreo de los peones mientras se iban pasando bolsas o cajones de mano en mano. Me encantaba ver cómo acorralaban a los cerdos más gordos en la parte alta de la ribera, y cómo después los obligaban a meterse en la pasarela para entrar al barco. En ese momento el capitán pronunciaba palabras floridas, sobre todo si se escapaba algún

lechón. En aquella época los capitanes eran los máximos tiranos del mundo. Creían que desde la cabina podían decirle cualquier cosa a cualquiera, y que a los estibadores negros que cargaban o descargaban el barco no les quedaba más remedio que sonreír y mirar para otro lado.

Cada tanto, desoyendo las instrucciones y las advertencias del tío Othy, yo me adentraba en aquel pandemonio todo lo que podía, me abría paso entre la multitud a los empujones para ver mejor, porque quería ser testigo de todo: quería entrar en aquella maravilla. Y terminaba en el centro, a veces en una posición riesgosa. Entonces el tío Othy me veía, y bajo la mirada de la tripulación, gente de mundo, bien curtida, se avergonzaba de mí. Y me hablaba como no me hablaba nunca.

—¡Pero me lleva el diablo! ¡No molestes! ¡Fuera de ahí! ¡Te lo dije mil veces! ¡Este mocoso todavía no está ni destetado y ya anda por ahí molestando a estos pobres estibadores!

Trataba de regalarme una buena retahíla de insultos antes de que el capitán tuviera oportunidad de soltar la propia.

A veces también había pasajeros, gente que subía o bajaba, en ocasiones con valijas o baúles. Jamás me cansaba de mirarlos. Tenían, para mí, el hechizo de la distancia. Iban o venían de Frankfort o Hargrave, Cincinnati o Louisville, o de lugares más remotos —lugares que para mí eran meros nombres, pero nombres que parecían palpables y opulentos, como una mano llena de monedas—.

Y así fue como llegué a tiempo para presenciar el fin de la era de los barcos de vapor. Más adelante supe también que el río había tenido otras eras a las que yo había llegado demasiado tarde, pero sobre las que podía leer para tratar de imaginármelas. Al comienzo hubo una era sin gente, y yo a veces, de noche, llegaba a sentir que esa ausencia cobraba vida en mi cabeza: aquel silencio eterno

en el que no se pronunciaban ni se otorgaban nombres humanos, cuando el río anónimo no emitía sonido alguno en ninguna lengua humana. Después vino la era de los indios, cuando por acá se usaban nombres que jamás llegaron a formar parte de la lengua actual de Port William. Y después vinieron las breves eras nuestras, las de los blancos: las eras de la canoa tallada, de la chalupa, del velero, de la balsa de troncos, del vapor. Y yo llegué a vivir hasta la era de los remolcadores diésel y la navegación deportiva y el esquí acuático. Y sin embargo es muy difícil mirar el río cuando está en calma, apenas después del amanecer o apenas antes del ocaso, y pensar que la historia tuvo algún efecto en él. El río deja marcas pero no incorpora ninguna. No es más que agua que fluye por un cauce que otras aguas han ido desgastando.

¿Pero esas otras aguas son realmente “otras”, o son las mismas que fluyen sin pausa, que corren hacia la unión de todas las aguas, y que no cesan de elevarse y de volver, para fluir otra vez? Conocí este río cuando era un chiquito, y lo conozco ahora, que soy un viejo que volvió a vivir a su vera —¡casi setenta años después!—, y siempre que lo contemplé me dejó perplejo y hechizado. ¿Qué es? ¿Es el surco que fue abriendo, es un rasgo del terreno que aparece señalado en los mapas, o es el agua que corre? ¿O es la tierra misma la que, con el tiempo, termina modelada y remodelada por el agua que corre, siempre esquivando a cualquier mapa?

La superficie del río en calma, como creía yo en aquellos días remotos en Squires Landing, y como creo ahora, es como una ventana que nos comunica con otro mundo que resulta igual a este, salvo por el silencio. Su silencio lo hace parecer perfecto. Sus ondulaciones son como las tablitas de una persiana o de un postigo a través de las cuales vemos, de forma imperfecta, lo que es perfecto. Aunque solo podamos ver ese otro mundo durante un segundo, parece eterno. Cuando las ondulaciones

se agitan con más intensidad, la ventana se oscurece y ese otro mundo queda oculto. Algo que antes no sabía pero ahora sí sé es que la superficie del río es como un alma viva, y es muy fácil perturbarla, pero una vez que se aquieta otra vez nos muestra su verdadera esencia: lo que fue, lo que es y lo que será.

Tan cerca del río y de su tráfico como estábamos, cualquiera pensaría que alguna vez lo usamos para viajar, pero no, jamás. El mundo de los viajeros era para nosotros algo totalmente ajeno, y nos fascinaba sin medida. Hablábamos muchísimo de aquellos que habíamos visto irse y llegar en los barcos. Y además estaba el *Princess*, un *showboat* que amarraba en el embarcadero una o dos veces por verano. Hacía sonar un órgano para atraer a la gente desde los cerros y desde el fondo de las hondonadas; eran noches en las que todos nos quedábamos con los ojos bien abiertos ante la presencia de un mundo totalmente distinto del nuestro, hasta que después, a la mañana, el barco se alejaba traqueteando río arriba y nuestra vida volvía a ser como antes.

Aunque lindaba con el mundo de los viajes y los desplazamientos, Squires Landing era un mundo de raíces sólidas. Estábamos demasiado ocupados como para ir a alguna parte. Además del embarcadero y del almacén, teníamos que dedicarnos a la granja, al huerto y a las infinitas ramificaciones que traían las labores domésticas de la tía Cordie. Ella vivía rodeada de alimentos en pleno proceso de crecimiento, o de engorde; alimentos que debían ser cosechados, envasados, curados, desecados o encurtidos. Comíamos muy pocos productos del almacén, que principalmente vendía cosas que la gente no podía generar por su cuenta: sal y harina, barriles de melaza de Nueva Orleans, pimienta, clavo, nuez moscada, vainilla, café, queso, rollos de tela, artículos de ferretería, carbón, arneses y demás. Y el tío Othy compraba huevos, leche, gallinas

viejas y otros productos que las amas de casa traían cuando venían a hacer las compras.

Como en cualquier otra parte, la gente también entraba al almacén para perder un rato el tiempo, comprara algo o no. Cuando el tío Othy tenía que ocuparse de la cosecha, la tía Cordie y yo bajábamos a atender el local. Cuando la tía Cordie y yo salíamos a juntar verduras silvestres o bayas, el tío Othy vigilaba la casa. La verdad es que no íbamos a muchos lugares, salvo hasta Port William los domingos a la mañana, para ir a la iglesia. Habría sido más fácil ir a la iglesia de Goforth, pero era metodista. De todas maneras, nuestro pueblo era Port William.

Nuestros vecinos más cercanos eran, río arriba, Put Woolfork y su familia, y río abajo Arch y Ada Thrippple y sus hijas —dos chicas ya grandes—, Wanda y Bernice.

Casi nunca veíamos a la mujer ni a los hijos de Put Woolfork, pero a Put lo veíamos todos los días. La tía Cordie siempre decía:

—Este Put, mi Dios. Los deja a todos allá trabajando... no tengo dudas... y después se viene para acá, donde no los tiene ni que ver mientras trabajan. Es apenas pícaro pero se cree muy inteligente...

Y la respuesta del tío Othy era siempre la misma:

—Me parece que todo mi sudor y mis esfuerzos están puestos en mantener este almacén solo para que Put Woodfork tenga un lugar donde venir a sentarse.

Put no nos compraba muy seguido. Ni él ni nadie de su familia vino nunca a nuestra casa, y nosotros tampoco a la de ellos.

—Ya con lo que lo veo me alcanza y sobra —decía la tía Cordie.

Pero cada tanto cruzábamos la ladera hacia lo de los Thrippple y nos quedábamos ahí hasta la hora de dormir, o ellos venían a vernos a nosotros. La tía Cordie me explicó que tenía que decirles

“tía Ada” y “tío Arch”, y eso hice. También insistió en que a sus hijas les dijera “señorita Wanda” y “señorita Bernice”, cosa que también hice, aunque solo delante de la tía Cordie.

Los Thriipple eran buena gente, muy trabajadora, igual que la tía Cordie y el tío Othy. Se ocupaban de sus cosas, eran buenos vecinos y jamás les escuché una sola palabra de envidia. El tío Arch cultivaba unas veinte hectáreas, casi todas sobre una ladera, con una única franja angosta de tierras bajas. Estaba casi siempre ocupado, aunque no se apuraba mucho; jamás tenía gran cosa para decir y era más bien discreto. Pero tenía una rareza que despertaba el interés de todo el mundo y que nadie sabía explicar. El viejo era famoso entre la comunidad de Port William por el escándalo que armaba cuando salía a trabajar con su yunta de mulas. A veces pasaban días enteros sin que del otro lado se oyera un murmullo, hasta que el tío Arch enganchaba a Dick y a Bob y ponía manos a la obra: se lo escuchaba en todo el valle. Se quejaba y despotricaba a los gritos.

Y me acuerdo de lo siguiente:

Los únicos vecinos que vivían del otro lado del río —los únicos a los que veíamos— eran una pareja negra de gente mayor, Ben y Ellie Fewclothes. La anécdota decía que el tío Ben había llegado de joven a esa zona del país desde algún lugar incierto del sur, sin ninguna pertenencia salvo la ropa andrajosa y gastada que traía puesta. Le habían empezado a decir Ben *Pocarrropa*, Ben *Fewclothes*, y tal vez porque en efecto necesitaba un nombre nuevo, había resuelto quedárselo. Él y la tía Ellie tenían una granja en las tierras bajas de aquel lado del río —unas doce hectáreas, más o menos— que limitaba con una ciénaga. Era un buen terreno, y lo habían convertido en un sitio autosuficiente, como hacía por aquel entonces toda la gente de campo (o como al menos intentaba). Yo les decía “tío Ben” y “tía Ellie”. Puede que a esta altura estén pensando que yo tenía un montón de

tíos y de tías, pero así eran las normas sociales en aquella época: los chicos no podían andar llamando a los mayores solo con el nombre de pila.

El tío Ben venía a visitarnos de vez en cuando, aunque no muy seguido. No pescaba mucho, al menos no en el río, y no tenía embarcación. Pero la tía Ellie era habitué del almacén, y cada vez que venía se sentaba con la tía Cordie a charlar un rato. La tía Ellie ponía mucho esmero en actuar como una verdadera dama: era muy precisa y escrupulosa con sus modales y su forma de hablar. Todos los sábados a la mañana bajaba los escalones de la barranca con una canasta de huevos, un balde de leche y, cada tanto, dos o tres gallinas viejas con las patas atadas. Sin subir mucho el tono de voz, decía “¡Señor Dagget! ¡Señor Dagget!”. Y el tío Othy iba con el bote y la cruzaba para que pudiera llevar adelante su transacción semanal. Cuando me hice lo suficientemente mayor, una de mis actividades preferidas era acompañarlo para dar una mano en aquellas faenas.

Al llegar a la otra orilla, me encaramaba sobre la proa del bote y, mientras el tío Othy lo mantenía firme contra la barranca, yo ayudaba a la tía Ellie a subir a bordo y a acomodarse con el balde, la canasta o cualquier otra cosa que hubiera traído. Ella siempre me decía “¡Bueno! ¡Muchas gracias, corazón!”. Y entonces yo volvía a mi lugar en la popa, y el tío Othy remaba otra vez hasta nuestra orilla. Cuando llegábamos al embarcadero, me iba de nuevo hacia adelante y ayudaba a la tía Ellie a bajar. Y ella repetía: “¡Bueno! ¡Muchas gracias, corazón!”.

Una hermosa mañana de sábado, en junio, mientras cruzábamos a la tía Ellie, el río fluía tan quieto que parecía de cristal; todo estaba en silencio, salvo por el tío Archie Thrippple, que andaba arando el tabacal en su ladera, allá arriba, con el viejo Dick. Como de costumbre, el tío Arch gritaba como un demonio:

“¡Arriba, Dick! ¡Oaa! ¡Oaa! ¡Vamos! ¡Para allá! ¡Arriba! ¡Arre, Dick, maldito seas! ¡Uooooa! ¡Oooaa! ¡Arriba, Dick!”

Y la tía Ellie, puede que incapaz de resistirse, sin siquiera mirar al tío Othy y sin mirarme a mí, sino como si se dirigiera a las golondrinas que surcaban el aire, y con sus buenos modales de siempre, dijo:

—Bueno, me parece que el señor Thripple tiene problemas con el pingo.

Entendí el chiste (ya tenía edad suficiente como para saber que *dick* no era solo un nombre), y estaba a punto de largar la carcajada, pero el tío Othy me miró de inmediato como diciendo: “Shh”.

Desde el primer día hasta el último, yo fui “el chiquito” de la tía Cordie. Cuando les hablaba de mí a los demás, decía siempre “mi chiquito”, con orgullo y con afecto, porque yo la ayudaba en todo. Ella ya tenía sus años y andaba un poco lenta, pero rara vez se abandonaba al ocio. Saltábamos sin pausa de una cosa a otra, de sol a sol, y más allá también, con las lámparas prendidas; yo la ayudaba con un montón de tareas: a mantener los fogones, a cuidar los faroles, a cocinar, a limpiar el pescado, a disponer las aves, a lavar ropa y vajilla, a asear la casa, a cultivar el huerto y a preparar conservas para el invierno. La tía Cordie era una compañía grata y amable, pero no por eso dejaba de asegurarse de que yo hiciera bien mi trabajo. La mejor parte de mi educación, y sin duda la más provechosa, se la debo a ella.

Cuando la tía Cordie no me necesitaba, yo me iba a pasar el rato al almacén para escuchar las charlas con los clientes. Porque siempre había charlas. “Más cháchara que trabajo”, le gustaba decir al tío Othy. Pero puede que a él le interesara tanto la cháchara como el trabajo; o al menos siempre participaba, y rara vez estaba solo. Cada tanto me dejaba ayudarlo un poco en el almacén, o me convocaba para alguna faena rural de esas

que requerían más de dos manos. Pero el tío Othy era bastante quisquilloso con sus cosas, un hombre difícil de complacer, y yo prefería trabajar con la tía Cordie.

En aquella época yo era Jonah Crow. Cuando pensaba en mí, me decía: “Soy Jonah Crow”. Lindo nombre. Me imaginaba que a mi madre le habría resultado fascinante cómo sonaba. Y yo era Jonah Crow de pies a cabeza.

La tía Cordie me llamaba con distintos apodos. Cuando usaba mi verdadero nombre, lo pronunciaba con absoluta corrección, como para demostrar respeto por aquel gran hombre que me lo había legado.

El tío Othy me decía “Joni”, con *i* final, por los mismos motivos por los que decía *sodi* en vez de *soda* e *Indiani* en lugar de *Indiana*. Pero cuando me retaba decía “Jon-ah”, con un acento muy marcado en la segunda sílaba: “¡Jon-ah, fuera de ahí, señor!”.

Hace ya muchísimo tiempo que no pienso en mí como Jonah Crow. Siento que Jonah Crow fue un niño muy pequeño que vivió alguna vez, durante algunos años, en Squires Landing, con la tía Cordie y el tío Othy Dagget. Y en aquellos años el único cambio aparente era que, entre una Navidad y la siguiente, el chico era cada vez un poco más alto.

Y ahora, tanto tiempo después de la época de aquel chiquito, vivo otra vez a la vera del río, a unos tres kilómetros de Squires Landing, corriente abajo, y puede que a cinco de Goforth, tras haber viajado y deambulado bastante, en apenas setenta y dos años.

Allá por los comienzos, tal como lo veo ahora, mi vida era puro tiempo, algo casi carente de memoria. Aunque desde temprano estuve al tanto de la muerte, me parecía una cosa que solo les pasaba a los demás; yo vivía en un río de tiempo incesante que iba a seguir generando por siempre los mismos cambios y los mismos reflujos.

Y ahora, ya cerca del fin, veo que mi vida es prácticamente pura memoria, y que la ausencia de tiempo es casi absoluta. Hacia el final de mi vida en Squires Landing empecé a entender que, cada vez que acontecía la muerte, me acontecía a mí. Es una certeza que tarda un buen rato en hacerse carne. Pero a la larga entra. A la larga entendí y acepté plenamente que un día iba a entregarme por entero a la memoria, pero que para entonces esa memoria ya no sería la mía, la personal; así que me fui a Goforth a ver si quedaba algún lugar libre al lado de las tumbas de mis padres. Descubrí que había espacio para uno más; y si ese espacio era para alguien, ese alguien sin duda iba a ser yo. Bajé hasta la funeraria Tacker, en Hargrave, e hice los arreglos necesarios.

Ciertos días, acá sentado, en este porche frente al río, tengo la impresión de que mi memoria me rodea por completo; mis pensamientos me van llevando hacia mi gente, hacia todos los que vivieron y murieron, hasta que ya no logro recordar ni dónde estoy. Entonces levanto la cabeza y miro el río y el valle, la belleza inmensa y caprichosa de este sitio, y siento la dicha amnésica de un hombre que acaba de alzarse de su propia tumba.

Lo que más me gustaba hacer con el tío Othy era acompañarlo en el bote o en el carro. A él le encantaba pescar y comer pescado, así que pasábamos mucho tiempo en el río, antes de empezar la jornada y al terminarla, poniendo espineles o recogiendo redes. Me fascinaba andar por ahí a primera hora de la mañana, o hacia el final de la tarde, porque el río parecía como hechizado —era el mismo hechizo que nos cautivaba también a nosotros—. El silencio lo tomaba todo, y nos invitaba a sentir la presencia de las cosas. En esos momentos el tío Othy era más osado, y a mí me costaba menos llevarme bien con él. Fue quien se ocupó de enseñarme a pescar y a timonear el bote.

Salvo por nuestras visitas a la iglesia, los domingos a la mañana, solo usábamos el carro con cierta asiduidad para ir a llevarle provisiones a Tom Cotman, el “Oscuro”. Después de haberse quedado ciego, Tom Cotman había dicho: “Estoy a oscuras”, y desde ese día así lo empezaron a llamar todos: “Tom el Oscuro”.

Para llegar a su casa seguíamos el camino del río —en aquellos años no era más que una huella repleta de tranqueras que había que ir abriendo y cerrando al pasar—, cruzábamos el afluente, atravesábamos la propiedad de los Woolfork y el puente del Willow Run. Después de haber recorrido casi un kilómetro y medio, ahí donde el río pasaba más cerca del cerro y ya no quedaban bajíos, aparecía la casa de Tom el Oscuro, en plena ladera, con una vista franca del agua.

Un largo cable de acero, anclado en la orilla del río, se conectaba, tenso, con un poste en el jardín de Tom. Si necesitaba agua para bañarse o lavar ropa cuando su pozo estaba muy bajo, Tom enganchaba un balde pesado al cable, dejaba que se deslizara hasta el río y volvía a subirlo tirando de una cuerda atada a la manija. Había otros cables que unían el porche trasero con la letrina, el leñero y el establo donde ordeñaba a su vaca, alimentaba a las gallinas y cebaba al cerdo. Si quería ir más allá de los cables, se orientaba tanteando el camino con un bastón. A veces llegaba de esa forma hasta el embarcadero, y se pasaba ahí medio día charlando. Decía que, cuando se emborrachaba, se orientaba a base de caídas: “Tengo relevada la geografía completa de estos pagos usando como referencia el largo de mi cuerpo”. Había peleado en la guerra hispano-estadounidense y cobraba una pensión. Los vecinos, por supuesto, lo ayudaban, pero él se las arreglaba bastante bien por su propia cuenta.

Un día, como hacía siempre, nos mandó su lista de compras con alguien que bajaba para el embarcadero. El tío Othy embaló el pedido y esa misma tarde se lo llevamos en el carro.

Tom estaba en la cocina, asando unas tortitas de maíz sobre la plancha caliente. El tío Othy le dejó la caja en el umbral de su casa y se apoyó en el marco a charlar un rato con él. No llegué a escuchar lo que decían porque quedé absorto con lo que pasaba en la cocina. Es otro de esos instantes del pasado remoto que siguen presentes en mi cabeza como si todavía los estuviera viendo.

Tom asaba las tortitas de a una, tanteaba los bordes con una espátula para saber cuándo tenía que darlas vuelta. Una vez que estaban listas, las ponía en un plato que había sobre una silla, al lado del horno. Sentado junto a esa silla estaba Old Ed, un *foxhound* negro y marrón, el perro de Tom. Cada vez que llegaba una nueva tortita, Old Ed se la comía inmediatamente, de un solo bocado, y después se quedaba ahí, lamiéndose el hocico, hasta que Tom apoyaba la siguiente tortita sobre el plato. Yo tendría que haberle dicho algo, supongo, pero no se me ocurrió qué. En aquel momento, y durante muchos años más, pensé que Old Ed se estaba comiendo la cena de Tom el Oscuro, aprovechándose de su ceguera, y que Tom y el tío Othy estaban demasiado imbuidos en su conversación como para darse cuenta. Más adelante me permití preguntarme si esa no sería, sencillamente, la forma en que Tom le daba de comer a su perro. Es una duda que todavía me acompaña, y cuya respuesta ya desapareció por completo de este mundo.

Eso habrá sido en el verano de 1923. Aunque por supuesto nadie lo sabía, el tío Othy estaba viviendo en esos momentos sus últimos días en esta tierra. Una tarde, Put Woolfork se lo encontró tirado en el barro, sobre la orilla del río, adonde había ido a desagotar su bote después de un diluvio. Put nos llamó a los gritos, y la tía Cordie me mandó corriendo a través del cerro hasta lo de los Thripple. Put y toda la familia Thripple nos ayudaron a subir al tío Othy por la ladera hasta la casa y a meterlo en la

cama. Y después se quedaron con nosotros a cuidarlo. Murió poco después de que oscureciera.

Y así fue como la tía Cordie y yo quedamos a cargo de todo, tanto en casa como en el almacén. Creo que no estábamos, ni por asomo, a la altura de una cosa así. Los vecinos, sobre todo los Thriple, venían siempre a ayudarnos. El tío Arch se hizo cargo de media cosecha, pero aun así nos quedaba mucho trabajo por hacer. Y extrañábamos al tío Othy. Nos hacía falta constantemente para que nos diera una mano, o nos explicara algo, pero también por él. Necesitábamos escucharlo decir: “Apúrate de una vez con esas galletas, Cordie, que tengo que ir a controlar unas cosas”, o “Si no puedes con eso, hijo, déjalo y no andes molestando. Nunca manden a un mocoso a hacer el trabajo de un hombre”.

Fueron épocas sombrías, y sin embargo me recuerdo feliz, porque tenía responsabilidades y sabía que resultaba útil. Me hice cargo de ordeñar las vacas y de cuidar a los animales, y en el almacén sabía cómo funcionaba todo mejor que la tía Cordie. Me había pasado años mirando al tío Othy, y sabía qué cantidad almacenaba de este producto y de aquel otro, y cómo organizaba las cosas. Y como había estado yendo un poco a la escuela, allá en la desembocadura del Willow Run, podía llevar la contabilidad.

Me daba cuenta de que la tía Cordie estaba de duelo, y aun así hacía todo lo posible por resultar una buena compañía. Me elogiaba el trabajo, me llamaba “mi chiquito”, y me contaba cuentos y se sentaba conmigo durante horas después de la cena a jugar al *rook* o al *old maid*. Éramos, en cierta forma, compañeros de juego.

Y entonces, hacia finales del verano siguiente, vi cómo empezaba a decaer. Llegó a un punto en que no lograba recordar las cosas. Y cuando subíamos desde el almacén hacia la casa tenía que frenar a descansar dos o tres veces.

Un día, parada frente a la puerta de la cocina, gritó fuerte:

—¡Ay, Othy! ¡Ay, Othy!

A lo que yo dije:

—Tía Cordie, el tío Othy no está.

Y ella me respondió lo más tranquila, como si mis palabras le hubieran devuelto la calma:

—Ah, será por eso que no contesta.

A veces me miraba afligida, con un gesto de preocupación que recién comprendí más adelante, y me decía: “No sé, mi amor. No tengo idea”. Lo que quería dar a entender era que no sabía qué iba a pasar conmigo cuando ella ya no estuviera.

Una tarde, mientras desde el río soplaba el primer viento frío del otoño, la tía Cordie paró a descansar mientras subíamos desde el almacén. Se dio vuelta y miró hacia el norte, de donde venía el viento.

—Ya se nota el frío —dije—. Esta noche vamos a tener que prender un fuego. —Me acuerdo de las ganas que tenía de encender el hogar, de sentir ese calor.

Pero ella dijo:

—Hijo, la verdad es que no sé si voy a aguantar otro invierno.

Ahora me doy cuenta de que se había dado por vencida. Había buscado en su interior alguna señal de que aún tenía ganas de vivir, y no había encontrado ninguna. Quería vivir por mi propio bien, tal vez, pero no por ella.

Una mañana me desperté y me di cuenta de que ya era pleno día y aún no había oído ni un ruido. Aunque había escarcha en el suelo, ni siquiera me demoré en ponerme los zapatos: salí corriendo descalzo hasta lo de los Thripple.

La tía Cordie se había muerto mientras dormía. Una forma muy serena de irse. Estoy agradecido por eso.

Yo apenas si tenía poco más de diez años y para ese momento ya había sobrevivido a dos historias que estaban totalmente terminadas.

4. El Buen Pastor

Contar una historia es como meter la mano en un silo lleno de granos de trigo y sacar un puñado. Siempre va a haber más cosas para narrar de las que somos capaces de retener. Y, como casi cualquier barbero podría confirmar, también hay más de las estrictamente necesarias, y más de las que una persona de bien está dispuesta a oír. El relato de los siguientes doce años de mi vida podría resultar bastante largo, pero prefiero ser precavido y ofrecerles tan solo el puñado justo: apenas lo suficiente como para explicar el derrotero que me alejó de Port William y que, doce años después, me llevó de vuelta para terminar adecuadamente mis días y para conocer al amor de mi vida, Mattie Chatham.

Al partir, la tía Cordie dejó irresuelto un problema clave: qué hacer conmigo. ¿Cuál, se había preguntado ella a su modo, sería mi destino? No podía quedarme solo en el embarcadero, aunque eso era, desde luego, lo que yo habría querido. Recuerdo que les insistí a las fuerzas de la experiencia y de la autoridad —quienes debían decidir mi futuro— que podía quedarme ahí, que era perfectamente capaz de una cosa semejante. Pero huelga decir que yo no era más que un nene que ansiaba recuperar un mundo perdido.

Para esa época ya no me quedaban parientes vivos, o al menos ninguno a quien yo conociera. Los vecinos de Squires Landing eran gente pobre: a duras penas se ganaban la vida en unos terrenitos sobre las laderas de los cerros que estaban tan maltrechos como su ropa. Los Thripples eran ancianos. Y siempre sobran motivos, todos buenos y contundentes, como para que la gente no se muera de ganas de acoger a un chico de diez años con quien no tiene ningún parentesco. Esta vez no apareció